

# María la del laurel

*José Araújo Balongo*

**R**esulta difícil empezar a escribir sobre una persona de la que se desconoce casi todo. No sé de dónde vino, en qué circunstancia, cómo llegó a Tarifa, cuándo, cuáles eran sus apellidos, y ni siquiera tengo la seguridad de que se llamara realmente María. Y todo ello a pesar de haber intentado informarme por distintas fuentes, pero lo que me contaron sobre ella resultó tan confuso y contradictorio que prefiero no utilizarlo en este relato. Me parece mejor limitarme a expresar mis impresiones sobre el personaje; de este modo se evita la posibilidad de error, pues cada cual tiene su particular opinión que, aunque no coincida con otras, debe ser tan respetable como las demás.

Lo que sí es cierto es que la llamaban María la del laurel porque se dedicaba a vender laurel, y que vivió en Tarifa durante muchos años en compañía de su marido (o de su compañero, porque tampoco tengo la certeza de que estuvieran casados). Del hombre poco voy a decir; sólo reseñar que era silencioso, apocado, buena persona y vulgar. Quien verdaderamente me interesa es María. Una mujer de aspecto corriente y pobre pero de una personalidad rica y poco corriente. Era de edad indefinida y parecía como si el tiempo no pasara por ella haciendo estragos como en las demás personas. Yo la conocía desde niño y siempre la vi igual hasta su desaparición hace pocos años; si acaso algunas canas aclararon al final el color de oro viejo de su cabello, que liso y brillante peinaba con raya a un lado en corta melena sujeta con dos horquillas en las sienes. Tenía la piel muy blanca, amplia y despejada la frente, ojos claros y fríos, la nariz recta y larga, y una boca de labios finos, que nunca sonreían, sobre un mentón firme y pronunciado. De mediana estatura y bien proporcionada, caminaba erguida y con cierta majestuosidad; vestía ropa muy usada y pasada de moda que casi seguro le regalarían las familias pudientes cuando hicieran limpieza en sus roperos para descongestionarlos. Sobre su indumentaria solía llevar un amplio delantal claro de peto alto y grandes bolsillos, todo ello muy limpio y bien planchado. Hablaba "fino", como decimos por aquí, con voz pausada y agradable, en un

castellano perfecto de pronunciación y rico de vocabulario.

El laurel que vendían lo cortaban ellos mismos, la pareja, de los arbustos que hay por la zona del Santuario de la Virgen de la Luz y lo transportaban a hombro hasta el pueblo, donde lo almacenarían en principio en la propia vivienda para su posterior distribución. Comercializaban el producto "al detall" y "al por mayor", y utilizo un lenguaje mercantil impropio para un negocio de tan poco rendimiento, pero es que no encuentro otro que mejor lo encuadre y defina. La venta "al detall" la realizaba ella sola por los patios y casas del pueblo, donde ofrecía pequeñas ramas a unos precios que oscilaban entre la perra gorda y el real, y la verdad es que vendía bastante, pues en aquellos tiempos el laurel se utilizaba mucho para aromatizar y darle gusto a los guisos a falta de otras sustancias más nutritivas y caras. El marido, mientras tanto, intentaba vender unos atados de ramas por las pequeñas tiendas de ultramarinos, como se decía entonces, al ya importante precio de un duro. Las consideradas ventas "al por mayor" las hacían a las fábricas de conservas de pescado, de las que en los años 50 y 60 a los que me estoy refiriendo llegó a haber en Tarifa hasta diez, y en las que se elaboraba mucha conserva en escabeche, que como remate final sobre la vira de cada envase antes del cierre se colocaban una o dos hojas de laurel. De manera que en el suministro a las fábricas obtenían su mayor fuente de ingresos. El que se fabricara tanta conserva en escabeche se debía a que entonces el aceite para la industria estaba racionado, y los cupos que les asignaban resultaban insuficientes para su capacidad de producción, por eso recurrían al escabeche, cuyo componente principal es el vinagre que se podía adquirir libremente.

Ignoro también la casa y la calle en donde vivirían María y su pareja en aquel tiempo; supongo que en algún cuarto de patio de vecinos de cualquier calleja de la zona periférica del centro del pueblo; pero sí recuerdo que al final de los años 60 se albergaban en una choza construida por ellos mismos en lo que entonces era un